

Mario Cuenca Sandoval

LUX





Seix Barral Biblioteca Breve

Mario Cuenca Sandoval
LUX

© Mario Cuenca Sandoval, 2021
Por mediación de Casanovas & Lynch Literary Agency S. L.
© Editorial Planeta, S. A., 2021
Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.seix-barral.es
www.planetadelibros.com

Primera edición: mayo de 2021
ISBN: 978-84-322-3871-0
Depósito legal: B. 5.897-2021
Composición: Realización Planeta
Impresión y encuadernación: CPI (Barcelona)
Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

[Folio 1]

En el principio no fue el verbo, sino la emoción.

En el principio fue aquella pura electricidad a flor de piel que rasgó la noche, alzó a los muertos, sacó de sus madrigueras a los incrédulos, a los desempleados, a los jubilados, a los escépticos, a los cínicos, llenó las calles de himnos, y no eran precisamente himnos de borrachos o camorristas, sino otra cosa.

Me estoy refiriendo al entusiasmo, a aquella especie de ingravidez, de ebriedad de estar vivo. ¿La recuerda usted? ¿Recuerda aquella energía que se comunicaba de un peatón a otro cada vez que sus hombros se chocaban en las aceras? ¿Cómo explicar tal efervescencia a quienes no vivieron los días en que arriamos las banderas del rencor para izar las del entusiasmo? Era nuestro momento. Estaba en las terminaciones nerviosas. En la epidermis. El aire se impregnó de ficciones en las que todo el

mundo podía creer, y yo contaba entonces la edad idónea para metabolizar aquella energía. [Créame: es importante la edad en que se es golpeado por un sueño. No se pueden comparar los veinte años con los cuarenta porque en el primer caso aún existe cierta ductilidad en uno, cierta destreza para que el fracaso no te destruya. Pero a mis cuarenta y cinco de entonces, la potencia de una corriente así decide la dirección inexcusable en que se desplegará el resto de tu existencia. De modo que uno solo se suma a las causas en que intuye algún porvenir.]

La energía. Las banderas. Le confieso que la primera vez que voté al partido lo hice desde la ira, contra todos los que nos habían gobernado con anterioridad, contra la incompetente gestión de la pandemia, contra la alfombra tendida a los pies de los inmigrantes que nos habían traído el mal de sus países y parasitaban los servicios sanitarios, contra las blandas leyes que amparaban a los delincuentes, contra la impunidad de los corruptos, contra los separatistas que amenazaban con pulverizar el país. Sin embargo en aquella segunda oportunidad lo hice, créame, desde la más cristalina esperanza y abrazando sin fanatismo la certeza de que LUX constituía la única tabla de salvamento, pues cualquier otro combate, tanto de la izquierda como de la derecha, solo serviría para prolongar nuestra decadencia como nación extendiendo cataplasmas sobre la piel del animal herido, porque la izquierda y la derecha

seguían jugando sobre el mismo tablero del siglo anterior, pero LUX era el único proyecto con la determinación suficiente como para impugnar el propio tablero y las reglas, la única auténtica oposición al naufragio.

[Folio 2]

Quizá debería comenzar con los antepasados primitivos de semejante emoción, la manera en que fue cobrando forma aquella esperanza. Porque yo estuve allí desde los primeros días, cuando los fundadores de LUX no eran más que cuatro exaltados que contemplaban el país desde una terraza en un barrio privilegiado de la capital, melancólicos como tigres en la lluvia. Y apenas tres años más tarde, rugían a sus pies un millar de fieras, arrastradas por aquella inmensa corriente de fuerza que desembocó en la noche electoral frente a una enorme pantalla en la sede nacional del partido por la que corrían cascadas de datos, porcentajes de participación, escaños en disputa provincia por provincia, un carrusel de siglas, logotipos y cifras deslizándose por la banda superior e inferior del encuadre, una especie de análisis químico del estado del país, con sus glóbulos rojos y blancos, sus proteínas reactivas, su creatinina y su hierro. Y cada vez más sonrisas. Cada vez más palmadas. Quizá porque había algo embriagador en aquel

caudal de porcentajes y cifras, algo místico, si lo prefiere.

O quizá debería hablarle de mí. De la guerra que libré contra mis propios prejuicios, contra la tiranía de la corrección que me había obligado a reprimir durante tanto tiempo lo que en realidad sentía por aquellos colectivos a los que las administraciones mimaban, subvencionaban y justificaban, y del modo lento pero firme en que fui poniéndome en paz con mis intuiciones, en que aprendí a no despreciarme por sentir desprecio, a no mortificarme por experimentar el odio, el modo en que me prometí a mí mismo que no volvería a sentir vergüenza por mis pareceres y mi credo, nunca más, porque detestar a los detestables no es algo que arruine el alma humana sino que, por el contrario, la ennoblece.

Debería contarle, sencillamente, el trayecto a través del cual consagré la ira y el modo en que esta se sublimó en esperanza, y la esperanza, en euforia. Pero ahora, mientras tecleo estas líneas, mientras rememoro aquel proceso de sublimación, no dejo de preguntarme si yo podría haber hecho algo parecido por usted, si podría haberla acompañado en el itinerario de su espíritu hacia sí mismo, ayudarla a convertirse sin pudor en lo que era usted en el fondo de su alma: una mujer que ama y teme, odia y espera, como todos nosotros, una mujer en paz con sus prejuicios y debilidades y libre de esa coraza que llamamos ideología. Y me pregunto si,

a estas alturas de la historia de nuestro país, mi relato podría ayudarla a romper la crisálida de su conciencia como lo hice yo mismo aquella primavera en que LUX rompió la crisálida de toda una nación.

[Folio 3]

Pero supongo que no le interesan las especulaciones de este corresponsal anónimo sobre un tiempo y un país que ya no existen. La imagino a usted, tras la sorpresa de recibir todos estos folios mecanografiados, preguntándose qué mano se esconde detrás de esta narración, vacilando entre proseguir o no con la lectura, porque probablemente crea innecesario que le relaten todas estas circunstancias por cuanto fue usted testigo de ellas, dado que ambos hemos vivido en el mismo país y el mismo tiempo. Si es así, le ruego humildemente que me conceda unas páginas más, porque lo cierto es que usted y yo hemos vivido en el mismo tiempo pero no en el mismo país, porque todo el mundo tiene su propio relato de la historia reciente de España, la mayoría de trazo grueso, en uno y otro lado del espectro político, tejido noche tras noche con un rosario de falsas noticias, inexactitudes e interpretaciones aviesas difundidas por las redes sociales y ensartadas por el cordón de nuestros prejuicios.

Porque, cuando toda aquella energía de la que le hablaba más arriba llevó a LUX al poder, ustedes se echaron a la calle, denunciaron una presunta dictadura, un imaginario retroceso de los derechos civiles. La misma noche de las elecciones generales convocaron ustedes protestas frente a las sedes del partido. Y aquello no eran más que los prolegómenos de lo que entonces se llamó *el otoño caliente* [con total propiedad, además, por las altas temperaturas que se registraron entonces], un otoño en que el viento cálido hinchaba la tela de las banderas, un otoño de terrazas abiertas y mangas de camisa en la capital y en el que, no obstante, la crispación no se percibía en los veladores ni en la barra de los cafés, sino en las primitivas redes sociales, provocando aquella esquizofrenia tan típica de nuestro tiempo: soltábamos espumarajos por la boca en las redes pero nos congraciábamos con nuestros vecinos en los establecimientos públicos, nosotros, los supervivientes de los días terribles de la pandemia, como si la vida se empeñara en abrirse paso a través de los vomitorios del ocio y de la ira, después de aquellos tiempos oscuros en que todos perdimos a alguien.

Ni siquiera le concedieron al nuevo ejecutivo los cien días de cortesía que recomienda la costumbre, pese a que Aliaga y los suyos solo dispensaron gestos de cordialidad durante aquel plazo, guiños dirigidos a la patronal, los sindicatos, las diferentes asociaciones civiles, el ejército, la Iglesia,

los medios de comunicación, la Corona... ¿Recuerda usted el alboroto en las calles, las protestas de la izquierda contra el referéndum para la reforma constitucional, las barbaridades que se dijeron y se escribieron entonces? La patria fue zarandeada por una epidemia de huelgas, en las universidades, en el servicio de correos, en los transportes públicos, manifestaciones y otros actos *de populo barbaro*, y me pregunto qué hizo usted durante aquellos decisivos compases de nuestra historia. ¿Tal vez se echó a la calle abrazada a alguna bandera? ¿Quizá en compañía de su hijo David, en solidaridad con su causa? Porque eso es lo que hicieron los suyos aquel otoño: echarse a la calle con banderas, con todas las banderas: la bandera del arcoíris, la bandera morada, la bandera tricolor, la bandera en defensa de la sanidad pública, la bandera de la lucha contra el cambio climático... Con todas menos con la bandera de España.

[Folio 4]

No, no está soñando. He mencionado a su hijo David al hablarle de banderas, porque su hijo me confió en una ocasión que nuestra patria le daba miedo. Esas fueron sus exactas palabras: *Vuestra patria me da miedo*. ¿Temor a la patria?, protesté. Y él replicó que no era para menos, que haría bien teniéndoles miedo a mis amigos de LUX, a todos

cuantos se apropian de unas señas de identidad. Eso dijo: hay que tenerle miedo a quienes se envuelven en una ficción y la esgrimen contra los demás. Pero tanto David como los otros se equivocaban en este punto. ¿No lo comprende usted? LUX contaba con la adhesión inquebrantable de una inmensa mayoría para la cual los derechos son meras abstracciones y la nación, la única realidad sólida, entre la que se contaban numerosos miembros de las fuerzas de seguridad del Estado. Ciertamente, para la izquierda cosmopolita, las naciones son una huera ficción sentimental, y tal vez tenga razón en eso. Pero no puede usted decirle tal cosa a hombres que han jurado empeñar hasta la última gota de su sangre por semejante quimera. Qué valor tendrían entonces sus vidas. Y sus muertes.

Al cabo, pese a la histriónica oposición de ustedes, aquellas reformas se sacaron adelante en sede parlamentaria con enorme placidez. El gobierno de Aliaga solo tuvo que aprovechar la misma energía que los había llevado al poder, la misma ola, y esta arrastró a los votantes a elegir el sí: sí a la reforma de la Constitución que hizo posible todo lo que vendría después, sí a la reforma sanitaria, sí a la reforma del código penal, sí a la ilegalización de los partidos separatistas, y ustedes se quedaron solos en el no, en el pasado, en el estéril pataleo, como gallinas que cacareaban en el Congreso y en las calles, y su reacción fue percibida como tan ridícula por sobreactuada que los excén-

tricos a ojos de los medios de comunicación pasaron a ser los demás, y no LUX, hasta el punto de que todos los parlamentarios que votaron en contra de la reforma se retrataron como enemigos de la patria, y sus fotografías, nombres y señas se viralizaron para convertirlos en objeto de escarnio público, para que los ciudadanos pudieran acercarse a sus domicilios y avergonzarlos por su inexcusable traición.

Por supuesto que ustedes también acometían sus propias cazas de brujas mediáticas. La gran herramienta del siglo XXI, equiparable en su trascendencia a la revolución que había propiciado la imprenta en el Renacimiento, se había convertido en una ciénaga de fanatismo y supersticiones [la Tierra plana, los antivacunas, las estelas químicas en el cielo...]. Pero nadie antes de LUX había desplegado una estrategia tan rotunda en las primitivas redes sociales, una miríada tan exuberante de perfiles falsos y páginas y más páginas en cuya cabecera aparecía invariablemente la palabra *España* [Sentimiento nacional de España, Unión patriótica de España, La España de todos, Orgulloso de ser español...], un enjambre en continua procreación que lanzaba contra los oponentes sus incontables aguijones digitales. Nadie antes de LUX, ninguna formación política, había comprendido la importancia de una herramienta como aquella, al menos en nuestro país, pues incluso quienes nos combatían en las redes no hacían otra

cosa que aumentar nuestra visibilidad y, con ello, nuestras opciones electorales. No afirmo que LUX creara este fenómeno, en absoluto. Afirmo que, en parte, este fenómeno creó a LUX.

[Folio 5]

Tendré que confesarlo: me aterra la posibilidad de que me tome usted por un don nadie y abandone la lectura de este escrito. Pero si extiende su confianza unas páginas más, comprobará que no soy ningún charlatán. Porque yo me codeé con todos aquellos patriotas que juraron salvar nuestro país, con Gilabert, con el Suizo, con el Barón, con el ministro Masó y con la vicepresidenta López Hallman, e incluso tuve el honor de ser presentado al presidente Aliaga en una oportunidad, individuos tan seguros de sí mismos que parecían caminar a una cuarta del suelo, casi indistinguibles entre ellos [medias de seda, abrigos de paño, olor a autosuficiencia], militantes con una conciencia tan diáfana de nuestro declive como nación que abrazaban en LUX el único renacer posible a la luz.

Por otra parte, debe saber que demoro adrede las respuestas, que retengo la información sobre su hijo David pero no por crueldad, sino por reservarle a usted la lucidez del laberinto, el claro discernimiento de quien recoge un hilo mientras se

multiplican los pasillos por cuyas fisuras podrá ver pasar la efigie de David como quien ve pasar a Teseo por las intrincadas galerías del palacio de Minos. Eso es lo que puedo ofrecerle en estas páginas, una colección de postales en las que su hijo aparece al fondo unas veces y otras, las peores, en primerísimo plano. Pero sepa también que yo no soy Dédalo, el arquitecto del laberinto. Que acaso mi memoria sea Dédalo.

Sin duda, podría usted proceder como esos malos estudiantes que rastrean en diagonal el nombre propio o el sustantivo común que les interesa. Podría saltar de página en página expurgando las respuestas del contexto que las justifica, sobre todo los indicios del paradero de su hijo y la secuencia exacta de sus últimas horas [¿me equivoco o acabo de ofrecerle una motivación irresistible para seguir leyendo?]. Pero este escrito a la antigua usanza exige ser leído tal y como ha sido elaborado, a la antigua usanza, línea por línea, metabolizando el aliento que fluye por estas páginas. Exige no una apresurada búsqueda, sino una inmersión profunda, porque solo de ese modo podrá comprender mis motivaciones, solo así podrá entender la belleza del mundo con que soñábamos, de los modales que proponíamos a nuestro país.